

derado. Eran dos amigos, uno de los cuales se habia detenido en el camino y otro que seguia, pero que no era menos noble y generoso el que se habia parado que el que proseguia la ruta.

XXI.

Cuando andaba Castelar en estas polémicas, ora con los doctrinarios que miraban al neo-catholicismo, ora con los doctrinarios que miraban á la demoracia, acontecióle una gran desgracia. Su madre, la madre que habia adivinado su vocacion; la que le habia alentado y amado; la que habia aminorado los disgustos que producen las luchas de los partidos y, en ocasiones, la misma mala voluntad de los propios correligionarios, murió. Le sucedió algo de lo que sucede al pobre pájaro á quien el físico pone en la máquina neumática: se sintió desfallecer y que el aire le faltaba. Con aquella vida se habia escapado algo de la suya. Lloró en silencio sobre la página que escribia y mezcló su llanto con el de los oprimidos en favor de los cuales derramaba, como la noche sus estrellas, sus pensamientos. Su ideal le empapó en sus lágrimas.

Hé aquí lo que él mismo decia de este acontecimiento;

«El dolor, antes de mi desconocido, posee todo mi ser y no deja espacio al pensamiento. La vida de mi madre de que yo vivia, se ha secado, y nada me sonríe en el mundo, desnudo á mis ojos de felicidad y esperanza. Mis labios solo aciertan á murmurar oraciones, mi corazón á exhalar ge-

midos, y mi inteligencia á pensar en la eternidad y en la muerte. El mar de lágrimas que ha inundado mi espíritu, lavándolo de las manchas terrenales, esclareciendo mis ojos demasiado fijos antes en lo que pasa y cambia, me ha hecho comprender que el mal es como una sombra vana, y el bien y la virtud como la eterna luz que de nosotros queda aquí en la tierra. Esta convicción cada día mas profunda, me hace reanudar la cadena interrumpida de mi vida, para sembrar en el día de trabajo, que me ha tocado en suerte, alguna semilla de bien, y aguardar tranquilo, sentado en las duras piedras de este triste camino, el día en que se acaba la muerte y empieza verdaderamente la vida.»

El año en que esto sucedió, el 59, era el segundo que en el Ateneo pronunciaba sus admirables lecciones sobre «La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo» de que luego hablaremos. Habia pronunciado la segunda de aquel curso, cuando murió su madre. Las interrumpió, y no volvió á presentarse aquel año en el Ateneo.

«Empecé este año mis lecciones, dice en una nota puesta al fin de la lección segunda del tomo segundo de estas lecciones, pero las interrumpió la muerte de mi madre, la muerte que me ha herido en lo que mas amaba en el mundo. Aunque hubiera querido continuarlas ante el público del Ateneo, no me hubiera sido posible. No es dado en estos amargos dolores ver con ojos enjutos los lugares donde hemos sido felices. No he querido, sin embargo, perder un año de vida, porque amo demasiado para desperdiciarlo, el so-

plo de tiempo, de que vivo. He decidido escribir mis lecciones y cumpla mi promesa. Las escribo en estilo oratorio, para que no desdigan del primer tomo.»

Esto pintaba el carácter del jóven. Se le habia muerto «lo que mas amaba en el mundo:» no queria presentarse en el sitio donde tanto le aplaudian y donde habia sido feliz, segun su propia espresion; pero no queria perder el tiempo y escribia entre lágrimas los misterios de aquella edad en que caian los altares del viejo Júpiter, y en que las poéticas ideas de un reino de Dios siempre esperado y nunca venido, caian como una lluvia de rosas sobre la marchita frente de la humanidad. Mirabeau se distinguia por aquellos escesos de placer ó de trabajo á que se entregaba: á veces se pasaba tres dias ó cuatro sin salir de entre sus libros y de entre sus papeles. Castelar ha trabajado siempre con constancia, con continuidad, con obstinacion, entre lágrimas lo mismo que entre sonrisas, entre suspiros lo mismo que entre alegrías. Es un Leónidas del trabajo y un San Pablo lego de la Democracia.

XXII.

Vengamos á las lecciones sobre «La Civilizacion en los cinco primeros siglos del Cristianismo.» Estas lecciones son un esfuerzo de imaginacion y de poesía, como pocos grandes poetas le han hecho. El mismo, al repasarlas, y al ver que lujo de luz, de colores y de rayos de sol hay en ellas, ha dicho con gracia verdaderamente andaluza: «Hay que leerlas con anteojos verdes.»

Forman cuatro tomos; al que las lee enteras le sucede algo de lo que le pasa al que permanece por mucho tiempo cerca de la presa de algun gran rio: el ruido le marea. Lo mismo ocurre con ellas. Aquellos grandes párrafos que parecen cascadas eternas: aquellos trozos que suenan como las cataratas del Niágara, aturden, ofuscan, marean. A veces el párrafo es lánguido, poético, una especie de fiesta de hadas, una música de esas de que nos habla el Corán tocada por las campanillas de plata, que están suspendidas de los árboles del Edem y que agitan los suspiros del divino Aláh. El que las oyó, ó las lee hoy, cree, á veces, que es la cítara de un artista lo que escucha, y á veces el suspiro de amor de una criolla. De todas suertes, lecciones tan especialísimas por sus condiciones de estilo, no las ha escuchado el Ateneo, ni de boca de Pacheco, ni de Alcalá Galiano, ni de Donoso Cortés, ni de Moret y Prendergast, ni de nadie.

Ya hemos historiado, aunque á la ligera, aquellos tiempos. Ya sabemos que eran aquellos dias en que el pontífice Posada Herrera se reia de todo, del pueblo lo mismo que de Dios, y en que O'Donnell llevaba un cirio en San Pascual. Eran aquellos tiempos en que la famosa minoria progresista de los quince daba tan rudos ataques á los sofistas del poder. Eran los tiempos en que el neo-catolicismo dominaba en palacio y en que el P. Claret era un santo de los mas apreciados de la tierra, y en que la bendita Sor Patrocinio, especie de beata Clara ó de madre Águeda, hacia todos los milagros que eran precisos y los que no eran precisos tambien. Era necesario llevar la idea á todas las esferas, entusiasmar á los que desfallecian, aventar á los cuatro puntos del ho-

rizonte las cenizas que iban cayendo desde las alturas del poder y que amenazaban soterrar todas las almas, y dar la comunión de las creencias á una juventud que agonizaba en medio de ateos con careta neo-católica, de mercaderes de la política y de apóstatas de todos los partidos. Aquellos discursos no fueron mas que una nueva forma de propagar las ideas democráticas. Con motivo de todos los tiempos y de los hombres de toda la historia, se puede hablar de la libertad. Y esta palabra es doblemente mágica cuando se dirige á un pueblo que no la tiene.

Me acuerdo muy bien de todo aquello. Las lecciones eran quincenales y solia dar en el año académico, nueve ó diez lo más. Los bancos reservados á los socios del Ateneo se llenaban; los pasillos y las galerías inmediatas, lo mismo. El salon del público estaba de bote en bote. Dos horas antes el patio y el portal se poblaban tambien. Cuando el conserje abria la puerta, una turba verdaderamente frenética se precipitaba en el salon y tomaba los asientos por asalto. Los que se quedaban en la escalera empujaban y desde abajo venian oleadas que hacian bambolear á los que estaban de pié en la puerta: los que no habian podido pasar del patio, empujaban á los de la escalera y ahullaban y gritaban, pidiendo que se abrieran las ventanas, á ver si hasta ellos llegaba algo del eco de aquella palabra poderosísima. El orador salia y era cubierto con una salva de aplausos. Se sacaba los puños, se retoreia el bigote y empezaba la leccion. Cuando acababa un párrafo, aplaudian todos, amigos y enemigos, los unos por la mágia de la idea, todos por la mágia de la palabra.

En la parte reservada á los socios habia perio-

distas, escritores, ex-ministros, diputados, hombres de ciencia, jurisconsultos, poetas, lo mas selecto de Madrid. En el salon del público habia una juventud brillantísima. Casi todos los estudiantes de letras estaban allí y muchos de derecho y de medicina. Tambien habia algunos obreros. Si se hubiera dejado entrar mujeres, hubieran ido muchas. Como que aquello era no solo una fiesta de las ideas, sino una fiesta hermosísima del arte.

Si hubiera dudado alguien de los profundos conocimientos históricos de Castelar, estas lecciones le hubieran arrancado aquella duda. Estos estudios no los habia hecho á saltos, por capricho ó por distraccion, sino metódicamente y con una continuidad que asombra. La influencia hegeliana se observa en ellos. Para hacer estos discursos todos le ayudaron. Sanz del Rio le prestó sus consejos: Camus su erudicion: Goicoerrotea su biblioteca: Canalejas sus ideas: Rivero su profundo sentido histórico y filosófico. «Yo hesido muy feliz, escribia en 26 de Mayo de 1858, no he encontrado ni un tropiezo en mi camino. En todas partes, mas que la justicia, he encontrado la benevolencia pública: mas que benevolencia, cariño. La prensa de todos colores me ha tratado como se trata á un hermano: su juicio ha sido siempre apasionado en mi favor. Yo le estoy reconocido y obligado de tal suerte, que no puedo encarecer bastante los sentimientos de mi corazon. La junta del Ateneo compuesta de ilustres literatos, de repúblicos eminentes, de ilustrísimos jóvenes, ha sido conmigo tan tolerante, que casi me remuerde la conciencia por si he abusado de su tolerancia...»

En estas lecciones mas que en ninguna otra de sus obras, se vé aquel deseo ardientísimo que

tuvo siempre, en este tiempo, el orador futuro de las Constituyentes, de armonizar, «la religion de su madre» como él decia, con las ideas democráticas. Esto tenia su razon de ser: primero, le inclinaba á ello su naturaleza religiosa, y despues las exageraciones tremendas del neo-catolicismo, imperante entonces, que aseguraba que entre la libertad y entre el catolicismo habia un abismo infranqueable. El queria demostrar lo contrario é iba á buscar en los orígenes del cristianismo hechos para su tésis, y en la resplandeciente figura de Jesucristo, luz para sus ideas.

Estos discursos no forman una obra verdaderamente doctrinal, una obra de consulta histórica y filosófica. No. Las impresiones del dia, las noticias del momento, el estado de los ánimos, la naturaleza del mismo orador que las daba, hacian difícil que tuviesen aquel carácter. Era muy comun oírle dirigir hábiles é intencionadas indirectas á los sofistas del poder, con motivo del mordáz Aristófanes ó de los sofistas griegos; era muy comun oírle hablar de la igualdad con motivo del cristianismo, y de la libertad siempre y con todos los motivos. A los neo-católicos no les concedía tregua ni cuartel. Unas veces se burlaba de ellos con sal verdaderamente ática; otras anatematizaba sus hipocresías y sus miserias, los llamaba raza de víboras y sepulcros blanqueados, como Jesús á los fariseos, y les arrancaba la máscara de religion con que se encubrian.

Sin embargo, á pesar de que estas lecciones no están escritas con el rigor científico y con la sobriedad que requieren las obras de consulta, no vaya á creerse por esto que con su lectura no puede formarse una idea bastante completa de los tiempos que historian. Nada mas léjos que eso.

Descartad las imágenes: separad las metáforas: dejad á un lado ciertas pinturas bellísimas, que son como digresiones en que el gran artista cae, arrastrado por su amor á la belleza: no hagais caso de las aplicaciones que el orador hace de las ideas y de los hechos que examina á nuestros tiempos, y siempre resultará que hay una erudicion inmensa, una copia de datos abundantísima, un conocimiento exacto de las épocas, pinturas gráficas de los tiempos que analiza, y en medio de todo esto, pinturas, alegorías, cuadros, reflexiones políticas y filosóficas, escitaciones á la libertad; encontrareis siempre una idea pertinazmente seguida, un pensamiento permanente, corriendo como un arroyo que serpentea por entre un matorral de flores, y animando mas los siglos que pinta y los acontecimientos que narra.

La idea del progreso realizado siempre, á pesar de todos los obstáculos, es el pensamiento capital de esta obra. Cada siglo es superior al que le precede, porque realiza su propio progreso y se aprovecha del de los anteriores. Así la república romana es mas progresiva que la monarquía y el imperio mas progresivo que la república, porque la idea que realiza cada uno de ellos es mas humana y mas universal con respecto á las anteriores. El antropofismo helénico, es un progreso sobre las antiguas religiones orientales, porque hace al hombre arrancarse de entre los brazos amorosos de la naturaleza y pensar mas y meditar mas y recrear mas en sí mismo; la filosofía es un progreso sobre el paganismo porque es la razon pura, mirándose en el espejo de sí propia y descomponiendo con su análisis los errores de aquel; el cristianismo es un postrer progreso que la filosofía ha entrevisto vagamente

sin tener fuerza, ni savia, ni inspiracion divina ni humana para realizarle. El mundo marcha, como ha dicho Pelletan. Podrá haber una detencion, un retroceso: orilladas las dificultades, la historia seguirá adelante. El progreso es un Wellington que gana siempre la última batalla. Para él no se han hecho ni la roca de Prometeo, ni la roca de Santa Elena.

De todas suertes, hasta que Castelar habló, desde la cátedra del Ateneo, no se oyó cosa semejante. Cuando hablaba de los emperadores romanos, parecia que se los iba viendo pasar uno por uno, desde Augusto hasta Augústulo, con sus deformidades, con sus liviandades, con sus monstruosidades: se los veía realizar la idea humana sobre las ruinas de una república estrecha, y el oyente se admiraba al ver como aquellos mónstruos podían ser tambien redentores. Cuando hablaba de la filosofía, mostraba que ardía en él el fuego puro del pensamiento sin fanatismos y sin supersticiones. Thales que creía que el principio de la vida era el agua: Anaxímenes que creía que lo era el aire: Heráclito que creía que lo era el fuego: Pitágoras que había bebido el néctar divino en la copa misma de Júpiter y que había recibido de los dioses inmortales en la frente coronada de mirto y de lentisco, sacado de las grutas del Cefiso, el ósculo santo de la inspiracion: los sofistas, hombres sin conciencia, camaleones del poder, juglares de lo que hay mas digno y respetable: Sócrates, el Cristo pagano, Platon, el sacerdote que celebra el desposorio de la naturaleza con el espíritu en la Atica, escuchando el rumor de la fuente del *Iliso*: Aristóteles, el filósofo del hecho poético; todos ellos iban siendo analizados, discutidos, examinados; pero exami-

nados y discutidos entre perfumes de rosas, entre brisas de primavera, á la luz de las estrellas, en grutas llenas de jóvenes *colias*, que circulan entre las columnas de estaláctitas y que cantan, al son de las arpas de su pais, los versos de Píndaro, es decir, con una poesia que hacia dudar si aquella era la historia de las abstracciones del pensamiento griego ó una legion de sirenas que allá, en alta mar, entre las azules ondas del Mediterráneo, á la hora en que los antiguos colocaban el desposorio de la luna con Endimion, tomasen por pretesto de sus cantos el polvo de oro de los átomos ó la sustancia diluida del alma universal.

¿Y cuándo hablaba del arte clásico?—Se pasaba la hora de leccion en éxtasis permanente. Se veía surgir materialmente del suelo la columna dórica, pesada, ruda, árbol de piedra de las primeras edades de la arquitectura, como el helecho es el árbol de las primeras edades de la naturaleza: despues la columna jónica mas llena ya de vida, con robustez en el capitel, sonriente como la Grecia, crecer como el alma de las vírgenes griegas: mas tarde la corintia con sus hojas de acanto, con sus ornamentos bellísimos, beso del arte que se dan el Oriente y la Grecia, armonía bellísima cantada en estrofas de piedra por el espíritu oriental y el espíritu griego que se funden en un tierno y amantísimo abrazo, y despues de todo esto la bóveda puramente romana, y el arco triunfal desconocido ó poco menos de los griegos, nacido en aquella hora del arte para que pasasen bajo ellos, primero los conquistadores de la fuerza, los Césares del imperio, y despues los conquistadores de la idea, los apóstoles de la buena nueva. La estatua griega le arrancaba bellísimas imágenes. Aquellos pedazos de már-

mol poco menos que sensibilizados, aquellas apoteosis del hombre sacadas con un cincel de un trozo de piedra, aquella idealizacion de la forma plástica humana á que llegó el arte griego por medio de la estátua, le hacian producir magníficos párrafos, á él, que en definitiva era tambien un Fidiás de la palabra. Y cuando llegaba á la poesía, última gradacion del arte, última estancia del templo de los dioses, el arrobamiento y el entusiasmo del público subian á su último punto. Ya no eran piedras aglomeradas como en la arquitectura, ni piedras cinceladas como en la escultura, ni líneas y colores mas ó menos frescos, mas ó menos indecisos, como en la pintura; era la idea elevándose al cielo en alas de mariposas juguetonas, el pensamiento de un artista coronado de mirto ofrecido al mundo en canastillos de rosas. Orfeo, aquel mito primitivo del hombre que atrae á los monstruos con su lira: Píndaro, el poeta que canta desordenadamente el amor como la libertad, las victorias de los juegos olímpicos y la memoria de los guerreros muertos en las guerras con los persas: Ovidio, el poeta que canta las trasformaciones de los dioses cuando habia llegado ya la hora de cantar su muerte. Horacio, siempre melancólico y siempre para divertir las tristezas, con la copa de Falerno en una mano y la otra abrazando la cintura desnuda de la jóven de Atenas ó de Corinto, coronada de sésamo que le muestra á lo léjos la estrella plateada de la tarde, que parece un beso que se hubieran enviado dos ángeles, caido sobre el pavimento del cielo antes de llegar á su destino. Homero, el poeta místico, que hace una revolucion en el Olimpo y que canta en su Iliada la barbarie que se toma por heroismo de Aquiles que arrastra el cadáver

de Héctor al derredor de los muros de Troya, y en su Odisea la de Ulises que se sienta tranquilamente á proseguir la interrumpida conversacion con su mujer Penélope, despues de haber rociado flor de azufre sobre el suelo manchado aun con la sangre de los pretendientes de aquella y de las mujeres de la casa, cómplices de sus rivales que acaba de extrangular: Virgilio, el poeta semi-divino, semi-humano, el hijo de una civilizacion madura, el cantor de Eneas y de Dido, que hace en la poesía lo que otros habian hecho en la arquitectura y en la escultura, fundir en un beso de amor los labios y las almas del Oriente y del Occidente; Teócrito, el poeta bucólico que pinta la caida de la tarde, el canto de las aves, el susurro de las hojas de los árboles agitadas por la brisa, el suelo que parece una alfombra, las nubes que parecen gasas, la luna que parece una lámpara, los arroyos que parecen fajas de plata tendidas por las nereidas sobre la tierra para entretenerse en sus juegos; Esquilo, con sus horrores trágicos, con sus héroes, á quienes el destino castiga por lo que han hecho, no siendo ellos culpables de sus acciones, sino el destino mismo que los ha empujado á realizarlas; Propercio, Tibulo, Eurípides, Sófocles, Terencio, Plauto, todos los grandes trágicos, los poetas líricos, los épicos, los cómicos, los que pintan las tristezas del ocaso cuando el sol cae y las alegrías de la mañana cuando se levanta, iban pasando ante los ojos del auditorio, sonrientes, placenteros, horribles, deformes, con el fardo de las ideas de su tiempo á cuestas, con la centella de la inspiracion en la frente, con la máscara en el rostro y el coturno en el pié; y el oyente se admiraba, y el oyente se asombraba al ver como aquellos muer-

tos de dos mil años habian podido resucitar al simple conjuro de un orador, venir á la cátedra del Ateneo y decir á un puñado de hombrés: «Los muertos os saludan; ved que hallais para vosotros de útil en las ideas de estos muertos.»

Si estas lecciones merecian escucharse siempre y mas aun cuando el orador hablaba del arte en cualquiera de sus manifestaciones, no lo merecian menos cuando hablaba de la aparicion del cristianismo. El dia que en su clase de historia tocaba examinar este punto, no faltaba ni uno de sus discípulos, ni uno de sus habituales oyentes. La necesidad moral, social y política de la aparicion del cristianismo; la rara constancia del pueblo hebreo que mas que las tablas de la ley, parecia guardar en su arca santa el secreto que no poseian los pueblos antiguos, el secreto de la unidad de Dios; los esenios, aquellos cristianos anticipados; la providencia sustituyendo al destino, y un Dios personal sustituyendo al Dios panteista de las religiones orientales; Julia, Agripina, y Mesalina, aquellas tres fieras de la prostitucion; San Pedro, el apóstol conservador, San Pablo, el apóstol revolucionario, San Juan, el apóstol profeta; las romanas medio desnudas, con la cigarra simbólica y la corona de azafran sobre las sienas, tendidas sobre los asientos del Circo, palmoteando cuando sale el leon del Atlas y se precipita sobre el cristiano, coronado á su vez con una corona de luz y de gloria; aquella ciudad de Dios que centellea para S. Agustín con tan vivísima esperanza preparándose cinco siglos antes de él, en el silencioso recinto de unas catacumbas inmórtales; Jerusalem destruida, Roma moribunda; unos pocos hombres oscuros y semi-salvajes, saliendo de la

Ciudad eterna en un dia inolvidable para la civilizacion y para el cristianismo, con el cayado en la mano y la alforja vacía al hombro, yendo á verter una nueva vida en el regazo canceroso de la humanidad que veia apagarse su existencia, como la Raquel bíblica que veia morir sus hijos, sin poder hacer mas que llorarlos; todo esto y mucho mas era narrado por el jóven profesor con inmensa erudicion, con acento ora tonante, ora patético y en medio de torrentes de poesía. Tenia en los labios la miel de Hibla y se la iba haciendo gustar á cada uno de sus oyentes. Ganimedes de sí mismo, escanciaba en su copa de perlas, yo no sé si el néctar de los Dioses ó el hatchis de los orientales, y la iba pasando de mano en mano, para que todos los que la gustaran, se enloquecieran y soñaran toda su vida con el arte y la libertad, dos imágenes de mujeres ideales flotantes siempre en el espacio, besadas furtivamente alguna vez que otra y nunca poseidas por completo.

Nos hemos detenido quizás demasiado hablando de estas lecciones. Perdónesenos. ¡Quien no se baña teniendo las ondas de esmeralda del mar á los piés, las algas verdes debajo de las ondas, y el cielo azul encima de las algas y de las ondas!

XXIII.

Tenemos no obstante un deber. Quizá haya quien no ha escuchado en su tiempo estas lecciones ó no las haya leído despues y quiera tener una idea de los pensamientos vertidos en ellas, de las metáforas que en ellas abundan, de las imágenes que en ellas resplandecen. Tenemos á

la vista los cuatro tomos y no sabemos que párrafos elegir de ellos: todos son igualmente poéticos, igualmente artísticos, igualmente eruditos.

Hablando de la música en la antigüedad, decia;

«La música es ya mas espiritual que las otras artes. La música ejerció en toda la antigüedad una influencia benéfica. La antigüedad es eminentemente música, sus palabras están sujetas á ritmos, sus períodos á armonías; la lira es uno de sus grandes trofeos, el mitho de Apolo uno de sus mas verdaderos símbolos; la música es la educación principal de las almas, como la gimnasia es la educación de los cuerpos; sus leyes se cantan en la plaza pública, sus grandes batallas se cantan en los juegos olímpicos; los soldados de Grecia antes necesitan la lira que la espada, del poeta que del general; los versos de Tirteo cantados en el fuego del combate pudieron mas que la estrategia de los grandes soldados: la cancion de un amante es el primer presente que aguarda la doncella para sentirse inspirada por el amor, y ceñir á sus sienes la corona de sésamo; las tragedias griegas no pueden existir sin coros, ni sus ceremonias religiosas sin danzas, en que las vírgenes se mueven al compás de las notas de las cítaras; y en todos tiempos, en primavera como en otoño, en todas las grandes trasformaciones de la naturaleza, los griegos rocían como los latinos, las flores, los frutos, la salida de la luna entre los montes, el crepúsculo, el otoño, la primavera, la vendimia, la siega con hermosísimos cantos.»

El siguiente cuadro es bellissimo.

¡«Qué situación tan extraordinaria la de Jerusalem al aparecer el apostolado! Tiro incendiada por las teas de Alejandro; esparcidas en el viento las cenizas de la antigua Cartago; convertidas Nínive y Babilonia en inmensos desiertos, donde solo se oia el rugir de los leones y el maullar de los tigres ó chacales; eclipsadas ó decaídas todas las ciudades que podian rivalizar con Jerusalem; la Ciudad santa, término medio entre Egipto y Persia, centro de tres grandes continentes, descanso de las caravanas que desde las orillas del Mediterráneo van al interior del Asia, y del interior del Asia vuelven cargadas de mirra, de áloe, de marfil, de oro, á las orillas del Mediterráneo; levantada en altos desfiladeros que son á un tiempo su trono y su fortaleza; guardan sus recintos gentes de todas las naciones; persas que han visto sus dioses presa de ambiciosos conquistadores, sus dioses invencibles y desean un nuevo dios; griegos y romanos que han oido en las orillas del Mediterráneo las azules plácidas ondas quejarse en son doliente de las hermosas divinidades olímpicas; judíos, que de todas las partes del horizonte van al templo santo, porque han contado las setenta semanas de Daniel, y esperan ver el prometido á su pueblo; y mientras estos sentimientos religiosos agitan todos los corazones y esta exaltacion religiosa se apodera de todas las conciencias, del seno del desierto, de las orillas del Jordan, de Galilea, de Samaria, de las áridas riberas del mar de Tiberiades, de las cavernas de las montañas, salen pobres apóstoles, diciendo que un criminal, muerto en la pascua anterior, cuyo recuerdo se habia borrado hasta de las conciencias de sus jefes, era el Hijo de Dios, desconocido por los hombres; el verbo divino sacrifi-

cado impiamente por la humanidad, palabras que les atraian muchas persecuciones, pero tambien muchos sectarios, los cuales en las calles, en las plazas, en aquellos templos que habian escuchado por espacio de tantos siglos las salmodias de los sacerdotes de Jehová, predicaban las ideas de una nueva religion, que ansiosos recogian todas las gentes, que devoraba, como la lluvia del desierto, la árida conciencia de todo el universo.»

El paralelo que hace entre San Pedro y San Pablo es de las mas notables:

«En esta grande obra de la propagacion universal del cristianismo, precisa ver el papel que representan San Pedro y San Pablo. San Pedro es el sacerdote semita, San Pablo el soldado romano; San Pedro es la reflexion, San Pablo el amor; San Pedro el instinto de conservacion, San Pablo el instinto del progreso; San Pedro quiere la obra lenta, pero segura; San Pablo la quiere universal y rápida; San Pedro trabaja con mas detenimiento, San Pablo con mas entusiasmo; los dos aunque en la forma se diferencian, se completan en la esencia, porque sin San Pedro hubiera sido indecisa la propagacion del cristianismo, y sin San Pablo hubiera sido lenta; el apóstol de las gentes ganaba innumerables almas, el príncipe de la Iglesia las recogia en su seno y sellaba su alianza con Dios por medio de su inefable autoridad.»

Al fin del primer año se despedia de sus oyentes de esta manera.

«Yo, señores, he hablado aquí muchas veces; he hablado sin recordar nunca mis ideas políticas;

pero hoy no quiero que se olviden, hoy que tanto nos calumnian, es necesario decir á los que nos tratan de enemigos de la religion, que la verdadera religion tiene por objeto imitar á Jesucristo, y que la imitacion de Jesús se conoce en una vida inmaculada y pura; y á los que nos tratan de enemigos de la familia, que nosotros miramos en el hogar doméstico un santuario inviolable que guarda el fuego mas puro de nuestra vida; y á los que nos tratan de enemigos de la propiedad, les diremos que acostumbrados á no mendigar nada al favor, á no querer nada de poderosas privanzas, á alcanzarlo todo por nuestra propias fuerzas, sabemos lo que valen los frutos del trabajo; y á los que dicen que nosotros somos enemigos del orden y de la paz, les diremos, que nosotros pedimos todos los dias á Dios que mande el ángel de la providencia á sellar el libro de las revoluciones, y á establecer una paz inalterable como ha de ser toda paz que gire, como sobre ejes de diamante, sobre la libertad y sobre la justicia.»

Copiaremos por último esta hermosa pintura del amor que sentia Roma por el arte griego.

«A pesar de esta gran decadencia de Grecia, todas las almas que en el mundo amaban la hermosura, convenian que Grecia era la eterna patria del genio, la eterna musa del arte. Reclinada sobre sus ruinas, aun conservaba con amor los últimos destellos del paganismo. Esclava aun, sentia errar por sus olvidados valles y sus ruinosas ciudades el grito santo de Grecia, el grito santo de libertad, tan propio de Grecia, como los símbolos de sus dioses homéricos. Unida á Roma, amarrada á su carro de triunfo, su pensamiento

era uno, el pensamiento de los filósofos romanos; su habla la delicia de los señores del mundo; su parnaso la inspiracion de los poetas; sus artes el eterno ideal del génio, el modelo donde se miraban todas las inteligencias. Las almas religiosas que aun quedaban en el seno del paganismo iban á visitar los templos de Delfos como la cuna de su religion, como el altar mas grato á sus dioses. Y sobre todo, los artistas sentian que en Grecia estaba la miel de la inspiracion, guardada en aquella flor que no habia completamente deshojado los huracanes de la guerra. Ciceron ensayaba al compás de las ondas del Piréo sus rotundos y armoniosos períodos, porque aquellas ondas habian sido la eterna música de los oradores; Virgilio se asentaba en los profundos valles de Colonna ó en las altas cimas de Himeto, porque allí estaba escondida su musa, la musa de la naturaleza; Horacio en el polvo de las escuelas buscaba vida para su génio, porque aun se escondian allí las centellas perdidas del pensamiento humano. Así en las bibliotecas de Roma, en sus calles, en sus paseos, en la puerta Capemna, en la Vía-*Apia* se oia en los tiempos del imperio hablar el griego, como si Roma estuviese habitada por atenienses. El delirio por Grecia agotada habia llegado á su colmo. Sentíase hácia la Pitonisa del mundo antiguo esa mezcla de amor y pena que sentimos delante de un bajo relieve roto, de una estatua bárbaramente mutilada. La pena de la destruccion de Grecia, aumentaba el amor á Grecia; Mecenas parecia un griego; Augusto se habia educado en sus escuelas; Tiberio amaba á Grecia y se gozaba en contemplar sus ruinas; Claudio llamaba al griego y al latin nuestras dos lenguas, y no habia en Grecia, entre la aristocracia del génio y de la cu-

na, quien no fuese mas de una vez en su vida, como peregrinando á la hermosa Atenas. Pero sobre todos, el que amó mas á Grecia, fué Neron. El amor de Neron á Grecia era como el amor de Neron al arte, desenfrenado, infinito. Vestido con la túnica griega, envuelto en el palio de púrpura, calzado el coturno de los dioses, y de los héroes, ceñido el cabello como las antiguas estatuas de Praxiteles y de Fidias, luciendo su rostro hermoso como el rostro de Apolo, embellecido por la inspiracion y por la corona de laurel, de pié sobre su carro tirado por blancos y briosos caballos de Thesalia con las riendas sueltas arrojadas al viento; seguido de un ejército que en vez de armas llevaba cítaras, flautas y líras; saludado por los coros de las vírgenes, que repetian los antiguos versos heroicos de Sófoeles y Esquilo; pisando flores del Pindo, coronas de laurel y oro; hablando el antiguo lenguaje de los poetas y de los dioses, Neron revivia en Grecia; y en los templos era un sacerdote; y en la plaza pública un tribuno que arrancaba á la tiranía de Roma las ciudades aqueas y les daba independenciam y libertad; y en el teatro un farsante, un cantor; y en los juegos olímpicos y Pithios el mas hábil en manejar el carro; y en los campos un antiguo poeta de Arcadia; y en las orillas del mar un navegante griego; y delante de toda la península griega un Alejandro; pues hasta hirió con azadon de oro el itsmo de Corintio para romperlo y mezclar las aguas del mar Egeo con el mar de la Jonia; que en su amor al arte creia que en abrazándose á Grecia, suspendiéndose con un beso de amor infinito á sus labios, perdiéndose en su seno, Grecia le habia de infundir